

# METAFÍSICA DE LA ADIVINACIÓN

Emanuele Coccia

*A Urmi*

Manifestum est igitur unam solam substantiam esse,  
non tantum omnium corporum, sed etiam animarum omnium  
et eam nichil aliud esse, quam ipsum Deum.

Substantia vero, ex qua sunt omnia <corpora>, dicitur yle ;  
substanciavero, ex qua sunt omnes anime, dicitur ratio sive mens.

Manifestum est ergo Deum esse rationem  
omnium animarum et yle omnium corporum.

*David de Dinant*

Las páginas que siguen a continuación pertenecen a un libro en preparación, cuyo título provisorio es *Materia metafísica*. Se trata de fragmentos extraídos de un discurso más amplio que, por ello, pueden parecer esotéricos, o muy densos y excesivamente distantes el uno del otro. Su fin es afirmar la identidad de divinidad, mente y materia. La coincidencia de estas tres esferas no es lógica, sino concreta, física, real: dios, mente y materia coinciden en el respiro, en el acto de adivinación y en el semen, los cuales a su vez no son sino los verdaderos nombres del mundo. Al así llamado “realismo especulativo”<sup>1</sup>, que pretende reencontrar un absoluto real minimizando cualquier referencia a una mente capaz de conocer, estos fragmentos le oponen la imposibilidad de separar ontológicamente conocimiento y realidad. A quien, por el contrario, pretende afirmar la superioridad del sentido a la existencia<sup>2</sup> le oponen la evidencia de que el sentido es siempre respiro de un mundo que se abre y apaga al ritmo de la adivinación. Se trata de repetir, con otros medios y con otro lenguaje, aquello que en la historia de la filosofía ha aparecido una sola vez –en un fragmento brevísimo pero intensísimo de Davide di Dinant<sup>3</sup>– y de extender su ámbito de aplicación a otros planos respecto al metafísico.

<sup>1</sup> Meillassoux, Q. *Après la finitude. Essai sur la nécessité de la contingence*, Paris, Seuil, 2006.

<sup>2</sup> Gabriel, M. *Il senso dell'esistenza. Per un nuovo realismo ontologico*, Roma, Carocci editore, 2012.

<sup>3</sup> Casadei, E. *I testi di David di Dinant: filosofia della natura e metafísica a confronto col pensiero antico. Introduzione ed edizione dei testi*, Spoleto, Fondazione CISAM (Centro Italiano Studi Sull'alt Medioevo), 2008.

## 1. Respiro

Es a tal punto banal y omnipresente que apenas nos damos cuenta de él, y sin embargo sin él ningún otro evento sería posible. El respiro es la primera actividad de cada viviente superior, el único hacer que puede aspirar a confundirse con un ser. Es la única operosidad<sup>4</sup> que no cesa y el único movimiento que no tiene otro fin que sí mismo. También debido a esto por siglos los saberes más diversos, de la medicina a la teología, de la cosmología a la filosofía lo han hecho el nombre propio de la vida, en sus formas más variadas, en las lenguas más diversas (*spiritus, pneuma, Geist*). Para reconocer plenamente el estatuto de algo, se ha separado comúnmente una sustancia por forma, materia y ser del resto de las cosas --el espíritu. Pero la paradoja del respiro --o del espíritu-- se encuentra propiamente en su insustancialidad. No es una sustancia y sin embargo en el respiro todo vive y la materia, por un instante, se anima.

No sólo los vivientes respiran. El respiro es una vibración que golpea simultáneamente al animal y al mundo que lo circunda. En el respiro por un momento el viviente y el cosmos se enlazan y sellan una unidad que ni el ser ni la forma parecen lograr. Y es con este mismo movimiento, no obstante, que viviente y mundo sancionan su separación. Aquello que llamamos vida es este gesto a través del cual una porción de materia se distingue del mundo con la misma fuerza con la cual prueba fundirse con él. Respirar significa hacer mundo, confundirse con ello y diseñar de nuevo la propia figura en el ejercicio, hecha sólo de ejercicio y no de formas. Respirar significa conocer el mundo, penetrarlo y hacerse penetrar por su espíritu. Atravesarlo y devenir con el mismo movimiento el lugar en el cual todo el mundo deviene una experiencia singular. Esta operación no está jamás finalizada: el mundo es solamente el retorno del respiro y de su posibilidad. Espíritu. El respiro no es sólo el movimiento más elemental de cada cuerpo o el primero y más simple de los actos del viviente. Es su paradigma, la forma trascendental. Respiro es, simplemente, el primer nombre del ser-en-el-mundo. La intelección es respiro: la idea, el concepto, y todo cuanto la filosofía medieval llamaba especie intencional no son otra cosa que una bocanada de mundo de la mente, apenas antes que la palabra, el diseño o la acción restituyan esta misma intensidad al cosmos. La digestión es respiro: comer significa respirar la materia de las cosas. Ver es respiro: recibir la luz y los colores del mundo, tener la fuerza para no destruirse frente a su belleza. Tener la fuerza para dejarse atravesar por el mundo. Tener la fuerza para tomar una porción, tan sólo una porción, y crear una forma, iniciar una vida de lo que hemos atrapado del cosmos. El origen de esta fuerza es el mundo mismo. Su fin es su multiplicación. Y el propio cosmos es su propia fuerza, la multiplicación infinita de esta fuerza. Todo en el viviente no es más que articulación del respiro, de la sensación a la digestión,

<sup>4</sup> Traducimos "operosità" con "operosidad" en vez de "obra" o "actividad" ya que así se mantiene su resonancia con otros importantes conceptos de la filosofía política italiana contemporánea, como es el caso de la noción de "inoperosità" en Giorgio Agamben, traducida comúnmente como "inoperosidad". (N. del T.)

del pensamiento al goce, de la palabra a la locomoción es repetición, intensificación, variación de aquello que adviene en el respiro. Respirando, en cualquiera de nuestros actos, nos fundimos con el mundo con el mismo movimiento a través del cual nos distinguimos de él. Respirando, en cualquiera de los eventos que nos atraviesan, producimos una unidad superior al ser, a la forma, a la materia de las cosas. En todo aquello que acaece el cosmos, por un instante efímero, se anima y deviene eso mismo respiro. El conjunto de los vivientes no es otra cosa que el conjunto de las pulsaciones que animan el tejido del mundo y juntas lo vuelven tal, y crean algo unitario a pesar de la incoherencia y la imposibilidad de todos sus componentes.

No hacemos otra cosa más que respirar, y todo aquello que hacemos es respiro. Y viceversa, todo aquello que existe aspira a devenir mundo, a fundirse en el respiro de algún viviente, a devenir el lugar y el tener lugar. Sólo en una de las infinitas formas del respiro de uno de los infinitos seres vivos que pueblan el cosmos los diversos, los incomparables, los momentos temporalmente separados, los espacios más distantes, los incompatibles encuentra una unidad. Sólo en el respiro las cosas se hacen mundo. El mundo así como estamos acostumbrados a pensarlo, como unidad superior de todo lo que difiere, como unidad suprema e insuperable de aquello que es y de aquello que no es, existe sólo en el respiro y como respiro. Es necesario el respiro de un viviente para hacer de la materia y del tiempo un mundo, con la misma necesidad por la cual no hay viviente que no sea en un mundo. El respiro es conocimiento y construcción del mundo. El mundo no existe sin la fuerza, que repetidamente, constantemente, lo constituye.

El respiro, desde este punto de vista, es anterior a cada oposición que la metafísica construye: es aquello que acaece antes que se abra la división entre alma y cuerpo, entre mente y objeto, entre idealidad y realidad. No basta proclamar la facticidad del sentido sobre la existencia. Sentido y existencia viven siempre y sólo en el respiro, y no son más que vibraciones propias de un respiro específico. La existencia del mundo o su inexistencia no son cuestiones lógicas: son hechos espirituales, pneumatólogicos. El mundo es realidad pneumática, no metafísica. Sólo el respiro puede tocar y vivir el mundo. Y viceversa, el mundo existe sólo en el respiro. El mundo se puede respirar solamente, es la extensión y la consistencia del respiro (o de los respiros, en todas sus formas).

## **2. Divinidad**

No vivimos sin respirar. No somos nada antes del respiro y apenas deja de respirar cada animal se descompone, cada ser pierde su unidad, cada cuerpo se desmembra, se disgrega, deviene el lugar de infinitos respiros de otros. El respiro no es una actividad posterior al plano de constitución de los vivientes. Es el ritmo y la fuerza que da a todas las cosas naturaleza, ser, ser en el mundo.

Los antiguos estoicos, que fueron los primeros en reconocer en el respiro el origen, el orden y la forma de todo, reconocían diversas formas de respiro: si cada forma y cada ente es expresión de un respiro, habrá entonces un respiro natural, responsable de la naturaleza de las cosas (o de la constitución de las cosas naturales) y un respiro psíquico, responsable de la génesis de cada alma. Pero también cada hábito, cada orden, cada forma de unidad, cada forma de coherencia son reconducidas a un respiro.<sup>5</sup> Y viceversa, respiro es la fuerza que produce unidad, cohesión, a cualquier nivel y en cualquier contexto metafísico. El nombre del respiro coincide con el nombre de todas las formas del mundo, y con el principio supremo del cosmos, dios. «Los estoicos» escribe Atenagora, «atribuyen a la divinidad un número desproporcionado de nombres en relación a las variaciones de la materia en la cual piensan que el pneuma divino es difuso, pero en la sustancia creen que el dios es uno.»<sup>6</sup> Es así porque Dios es «un respiro difuso por todo el cosmos que cambia de nombre al cambiar la materia que informa. Dioses por lo tanto son el cosmos, las estrellas, la tierra, y dios es también el intelecto que desde el éter domina cada cosa.»<sup>7</sup>

El respiro está difuso en las cosas y todas las cosas respiran para vivir. Y hay una relación de coincidencia inmediata entre conocimiento, respiro y divinidad. Dios es el respiro de las cosas, su espíritu y en cuanto respiro es aquello que produce la unidad del mundo: es ello mismo la unidad inmaterial y no formal que llamamos mundo. Y viceversa, cada forma de conocimiento es divinidad: cada conocimiento no es otra cosa más que la repetición del respiro universal y a su vez producción unitaria de unidad. Conocer significa devenir Dios, transformarse en el respiro de las cosas.

### 3. Adivinación

Comprender que también el conocimiento, que cada forma de conocimiento es una articulación del movimiento que tiene lugar cada vez que respiramos significa dejar de asumir en ella la contraposición física y metafísica entre un objeto y un sujeto, o el redoblamiento ideal de un ser material. Decir que cada acto de conocimiento es la fórmula suprema del respiro del mundo significa sólo afirmar que ella es la forma suprema de producción de unidad. Cada conocimiento de hecho, sea cual sea su forma, sea cual sea su intensidad o su verdad, es la emergencia de una forma de unidad de realidades incompatibles en la forma, en la materia o en el ser. Sentir una música significa producir una unidad entre quien escucha, la melodía escuchada, el instrumento de quien produce la melodía, la persona que lo está haciendo sonar, el sentido que la música evoca para quien la ha compuesto, las

<sup>5</sup> «Según los antiguos hay dos tipos de respiro, el natural y el psíquico, pero los estoicos agregan un tercero llamado aislante (to *hektikon*) y que nosotros llamamos también fuerza de cohesión (*hexis*), hábito.» Galeno, *Introductio seu medicus* 9. ed. Kühn, V. XIV, p. 697, en Von Armin, H. *Stoicorum Veterum Fragmenta* (SVF) II, p. 205, n. 716, tr. Italiana al cuidado de R. Radice, Bompiani Milano 1999, p. 687.

<sup>6</sup> SVF II, n. 1027, p. 306, tr. it. p. 889. Traducción ligeramente modificada.

<sup>7</sup> Aetius, *Placita* I, 7, 33, SVF II, p. 306, n. 1027, tr. it. p. 889. Traducción ligeramente modificada

imágenes y los recuerdos pasados que la persona que la escucha vive en esa escucha. Mirar una flor significa fundirse en un plano en el cual el ojo que observa, su experiencia pasada, la tierra de la cual la flor ha emergido, los elementos eternos que componen sus moléculas, la luz que se refleja sobre la superficie de los pétalos y en el ojo, el sol del cual proviene y la tierra sobre la cual arriba, son improvisadamente, por un instante, enlazadas, unidas en algo efímero pero real. Estudiar un manuscrito medieval que reporta una traducción latina de un antiguo filósofo griego significa entrar en un lugar metafísico en el cual quien lee, quien ha escrito, quien ha copiado, quien ha producido el manuscrito, el animal de cuya piel ha sido producido el pergamino, el conjunto de las doctrinas y de las ideas que el texto vehiculiza, el sentido y la atmósfera intelectual que la tipografía y el estilo gráfico de la página encarna y comunica, conviven y se confunden. Poco importa la fuerza de la atención de quien conoce, menos la verdad y la pertinencia de su interpretación o de su comprensión, poco importan el grado de conciencia de quien es conocido: un acto de conocimiento es la atracción de cosas, realidades, materias, tiempos y formas diversas en un punto de conjunción efímero pero real. El conocimiento no es un hecho puramente mental, es un evento cosmológico: él existe con el mismo derecho y la misma intensidad en la mente de quien conoce, en las cosas conocidas y en las imágenes que permite al sujeto y a la cosa conjugarse. O más precisamente, el conocimiento no tiene lugar en el mundo: es el lugar de una unidad cósmica, ultratemporal, ultraespacial, ultramaterial, ultraformal entre realidades que no tienen nada en común. El conocimiento tampoco es la idea o el concepto o el lugar de la unidad: el concepto o la idea o la imagen sensible es sólo uno de los elementos de esta unidad y el medio a través del cual el sujeto cognoscente participa en dicha unidad.

Entre las diversas formas de conocimiento y las diversas formas de unidad cósmica y ultracósmica que, en cuanto respiro, el conocimiento produce, aquella suprema es la adivinación. Desde la antigüedad, adivinación era la forma de conocimiento que tematizaba la diferencia absoluta e impenetrable –la imposibilidad de contacto o de relación. Adivinación era el conocimiento de un ser no presente, no accesible, alcanzado a través de mediaciones que no tienen ninguna relación con estos eventos: se adivinaba el éxito de una batalla a través de la observación del vuelo de las aves o la forma de las vísceras. O se puede conocer un evento futuro a través de la revelación unilateral del sueño. Se trata de un modo para decir y expresar aquello que existe al fondo de cada conocimiento. Aunque sea más deseo que realidad, aunque es más una voluntad de saber que una ciencia, la adivinación demuestra que querer saber es siempre querer unirse al totalmente diverso, al incompatible, al irrelacionado.

La adivinación expone el tema último y definitivo de cada conocimiento, su forma trascendental: una unión no formal no ontológica no material que es producida y no es reducible a una relación. Una unidad abstracta porque es inmaterial no morfológica y

no relacional, pero concretísima porque jamás es destacable del conjunto de los entes o no entes diversos que por un momento se enlazan y entran en resonancia. Pero a diferencia de aquello que los antiguos pensaban, la adivinación no es la consecuencia del hecho que «entre las sustancias reina una mutua afinidad y adaptabilidad entre unas y otras» (433 a). Ella, al contrario, produce y no presupone esta unidad. Por esto mismo, cada reivindicación de un ancestral presubjetivo, así como cada crítica de la copertenencia de sujeto y objeto, son insuficientes para reencontrar el mundo. El mundo no es un dato, es la florescencia de una unidad efímera que coincide con el respiro de todas las cosas. Si, como ha sido sugerido, *horror* es el nombre de la incompatibilidad metafísica de los entes y de los mundos que les impide de reunirse en un cosmos<sup>8</sup>, la adivinación es el único antídoto posible al horror. Ella es la infinita creación de *un* cosmos a partir de aquello que no llega o no puede estar de forma conjunta. En este sentido, ella sanciona la imposibilidad de todo apocalipsis: en cada acto de adivinación, un nuevo cosmos se diseña y comienza a vivir. El mundo empieza y termina con el ritmo de cada respiro.

#### 4. Semen

Si el mundo coincide con la realidad de la adivinación es porque no existe jamás en forma completa y definitiva. No hay un mundo antes de la adivinación, antes del acto que lo constituye instituyendo una unidad no sustancial, no material y no formal entre los elementos más diversos. El mundo es la expresión de una fuerza débil de unión y de revelación, aquella que se constituye en la revelación adivinatoria. Un mundo exclusivamente adivinable existe y se da a conocer sólo como tendencia o como estado inestable, jamás como obra inmutable. El mundo es aquello que debe ser constantemente adivinado, y viceversa, la adivinación no puede ser más que un tentativo consagrado a la obsolescencia.

Un ser definido sólo a partir de aquello sobre lo cual tiende es lo que llamamos semen: el mundo concebido como realidad puramente adivinatoria es un semen. Un semen no es más que la vida en tanto adivinación: el respiro de la materia que sueña y presagia una forma y un tiempo futuros. Viceversa, si la adivinación es el devenir mundo de las cosas, es sólo porque ella es la razón misma de ser un semen y no un órgano. La existencia del conocimiento no es lo que se daría en un órgano formado de una vez por todas: cada conocimiento es actualidad de un respiro, es mundo respirado. Y la razón misma por lo tanto es un respiro en acto, adivinación. Este es el significado profundo de la doctrina antigua según la cual la razón, el *logos*, es un semen (*logos spermatikos*). El semen es razón pensada como respiro.

---

<sup>8</sup> Ludueña Romandini, F. H. P. *Lovecraft. La disyunción en el Ser*, Buenos Aires, Hecho Atómico ediciones, 2013.

Según esta antigua tradición, el semen (*sperma*) es el modelo trascendental de la racionalidad más general y universal; viceversa, la razón (*logos*) es el modelo del respiro de cada viviente. La racionalidad está en la seminalidad y conocer la racionalidad significa entender qué cosa es un semen. Pensar la razón como semen (y el semen como forma principal y paradigmática de la razón) significa sobretodo pensar el logos como constantemente *enhulos*, existente en la materia: no hay razón inmaterial que no sea forma de una materia. Viceversa, la materia siempre es lógica, es siempre vehículo de la mente.

La razón pensada como semen hace del logos algo cuya actividad principal es la formación de sí, la producción de forma: la razón no comprende, es una actividad espiritual del todo inmaterial. Razonar significa desarrollar formas inmanentes que dan forma al semen, crecer, hacer y deshacer figuras de sí. La razón es ella misma siempre y tan sólo hecho estético, hecho formal propiamente porque existe siempre en una materia.

Si la razón no es separable de la materia de la cual es formadora y animadora, la disciplina lógica tradicional, que busca pensar las formas del *logos* como si fuesen existentes separados de cada materia no tiene ningún sentido. La razón seminal, la razón en cuanto respiro de la materia, no es sólo inseparable de la materia, sino también inseparable del mundo y del cosmos que ella produce y forma, pero que fundamentalmente vuelve posible. Así como el reino de las plantas produciendo oxígeno ha hecho posible el resto de la vida animal, en el mismo sentido la razón respirando y adivinando las formas de la materia hace posible el mundo. Y como una planta no presupone ningún otro viviente para vivir, en el mismo sentido, el semen no presupone ningún otro respiro: trona lógica la materia y materializa el *logos*. Si existen sémenes es sólo porque está en todos lados, con la misma razón y la misma fuerza con que existe en los hombres. Y desde este punto de vista, el lenguaje no tiene nada más de racional que cualquier otro objeto o porción de materia. El semen es el mínimo *lógico* en el mínimo material, la unidad trascendental entre *logos* y *materia*. La existencia espermática del mundo, el hecho de que el mundo conozca un devenir y no se dé jamás como forma definitiva o como materia estable, la naturaleza embrionaria de todo lo que existe significa sólo que razón y materia no pueden jamás existir como separadas sino que deben articularse conjuntamente. La adivinación no es más que el respiro de esta unión. Si el semen es la adivinación suprema es sólo porque el saber absoluto existe sólo como semen. Dios es el respiro de las cosas sólo porque constituye el semen originario.

## 5. Política de la adivinación

Reconocer la naturaleza puramente adivinatoria del mundo significa reconocer que es real sólo aquello que está atravesado por una fuerza y que cada fuerza es ya conocimiento del futuro. Viceversa, el conocimiento real del futuro se da sólo como fuerza. Y todas las leyes que regulan el funcionamiento y la existencia del mundo existen sólo como fuerzas,

tendencias, sémenes. Esto no vale sólo desde el punto de vista físico, sino también del social, político y psíquico. También el mundo social o el político, como también el físico, se constituye en el espacio de la adivinación. La ley (la forma de este mundo) es formulable sólo en cuanto tendencia. Viceversa, cada forma de adivinación política y social no tiene sólo un valor cosmogónico: ella es la forma suprema de nomotesía. Por ello la verdadera ciencia del mundo político y social jamás podrá ser el derecho.

El derecho ha sido la práctica de culto vuelta sobre una colección de palabras, discursos, fórmulas [*iura*], cuidadosamente separadas del resto de las palabras que un pueblo pronuncia, usa, consume y que se custodia en libros y códices que gozan de un estatuto peculiar. El culto sobre la totalidad móvil de estas fórmulas está basado en la fe en su eficacia: son leyes las palabras consideradas capaces de dar forma a la vida común, de causar su existencia y sus cambios. El culto es obligatorio y universal: cada individuo debe observarlo. Pertenece a una serie de formas diversas de sacerdocio (que usualmente expresan órdenes o castas específicas) dedicada al cuidado por la existencia y el respeto de este culto: los políticos, que producen el conjunto de estas fórmulas, la política, que se preocupa del respeto material de estas palabras, la magistratura, que traduce estas fórmulas en la vida concreta de la sociedad, los juristas, que se interrogan sobre el sentido de estas fórmulas, sobre las razones de su eficacia, sobre su génesis, su historia. El Estado no era más que la específica forma de existencia colectiva basada sobre esta práctica de culto. Las fórmulas describían y fundaban el conjunto de las interacciones entre sus ciudadanos, el acuerdo entre praxis y fórmula es sagrado y cada desviación era vetada y punida.

A diferencia del derecho, la adivinación política no expresa aquello que se debe hacer porque así ha sido decidido, sino que explicita el futuro de un deseo común y espontáneo. La norma del derecho clásico es, por definición, algo dado, establecido. La adivinación política es la investigación de una tendencia que, cada vez, busca de ser encontrada de nuevo, inventada, formulada. La ley no es una fórmula de repetir (*iusiurandum*), sino una forma de inventar. Se trata de una norma sin jurisprudencia, sin un verdadero y propio saber transmisible. Antes que depositarse en un código, cada tendencia busca ser olvidada. Los libros de las leyes adivinatorias se parecen más al rollo infinito de *twitter* que a los códices de los estados modernos. La adivinación política no busca signos que permitan intuir una tendencia en acto: se trata en cambio de crear los signos a través de los cuales la tendencia pueda expresarse. La ley jurídica no puede existir a través del medio lingüístico verbal, sólo en una página escrita. La adivinación política se ejercita sobre cualquier medio, puede vivir y expresarse por todos lados: a través de la forma de un botón, o una larga barba, o un gesto, y poco importa si se trata de las mismas cosas, de sus imágenes o de sus descripciones verbales. Tolera y produce la absoluta indiferencia entre lenguaje, cosa y metalenguaje. La cuestión política



fundamental no es más la comunicación y la publicación, sino la sensificación de algo que no existe antes de su propia encarnación.

Propiamente por esto, el nomoteta no debe disponer de un saber, sino de una suerte de apertura, de sensibilidad, de estilo, de sexto sentido. La adivinación política (la constitución de los mundos sociales) es algo más parecido al sueño que a la ciencia. O como escribía Plutarco a propósito de la adivinación «algo más parecido al oír de un sordo, al ver de un ciego» (Plutarco, 432B), o a «tabla no escrita», «en sí y para sí irracional e indeterminada pero susceptible de impresiones fantásticas y de presentimientos, en virtud de experiencias todas propias.» El mundo social no es producto de la obediencia sino del entusiasmo.

El mundo social producto de la adivinación es semen absoluto. Su único presupuesto es el futuro: privado de historia y de identidad, indeterminado, inapropiable. Pero este futuro no es el 'mañana' de la revolución, ni el tiempo que viene del mesianismo. No coincide con una transformación política del presente, ni con una revolución, sino con la actuación puntual y privada de consecuencias de un futuro privado de cualquier raíz en un pasado reciente o lejano e incapaz de radicarse en el presente. El futuro que la adivinación transforma en actualidad es novedad, tiempo que produce discontinuidad y no puede servir para prolongar y volver eterno el presente. La tendencia, para devenir tal, no puede radicarse en el pasado (sería así una simple evolución del presente) y menos aún fundirse totalmente en el presente: la comunidad que vive de tendencias está condenada a ser efímera, a consumarse con la misma urgencia con la cual una esperanza se consuma ante el tiempo que la supera.

La adivinación produce un mundo social absolutamente antipatrimonial (sobre el plano material así como sobre aquello cronológico), un conjunto que no quiere y no puede constituirse a través de la *mise-en-commun* de bienes ya existentes ni a través de la colectivización del presente, de lo dado, sino que debe inventar y producir algo que no existe todavía para poderse constituir. A través de la adivinación, una comunidad no preexistente crea el único espacio común en el cual es posible encontrarse y reconocerse como pertenecientes a un mismo denominador común. La naturaleza de este espacio común no tienen nada que ver con aquel que ha vuelto posible en el pasado estados, naciones, comunidad y etnias. No es un territorio físico, no es un elemento anatómico (la sangre, la piel, el color y la forma de los ojos), no es el pasado y menos aún una cultura o identidad. Es un fragmento de futuro, fuera de la imaginación y de la proyección.

*Traducción: Manuel Ignacio Moyano*